
NUESTRA SEÑORA DE LA ESPERANZA.

Ego mater... sanctæ spei.
Yo soy la madre... de la santa
esperanza.

(ECCL. XXIV, 24.)

La Religión nos consuela con los prodigiosos auxilios que nos vienen del Cielo, de las muchas miserias que nos rodean por todos lados para acibarar y angustiar nuestra existencia; nos ofrece alivio á nuestros males y fuerza en nuestras enfermedades. En efecto, ella no solo nos muestra en Dios un padre amoroso, que mira con ojos de piedad nuestras necesidades, y derrama sobre nosotros los suaves rocíos de su benévola y reparadora gracia, sino que nos ofrece, además, innumerables ángeles que atienden á nuestra custodia, y misericordiosos Santos, que enriqueciéndonos con sus méritos elevan al Señor nuestras oraciones con incensarios de oro.

En medio de estos rayos de grato consuelo nadie ignora, ciertamente, como brilla y resplandece de radiante luz María, la Reina de los Ángeles y de los Santos. A su nombre se postra todo espíritu y todo corazón se conmueve, porque nadie ignora que cuantos la invocan son consolados. Los prodigios de su poder, las mercedes de su bondad, las gracias de su patrocinio están grabadas en cien páginas de la historia; y más que en la historia, quedan escritas con caracteres indelebles en los corazones que acudieron á su bondad y fueron consolados con su protección.

Hé ahí porqué el pueblo cristiano añadió á tantos títulos de la Virgen la advocación de Nuestra Señora de la Esperanza. En verdad; ¿cómo no esperar en Aquella que nos mira como hijos suyos? ¡Ah! hermanos míos, las lisonjeras consideraciones que se me agolpan á la mente me llenan de alegría, y debiendo hablaros de María en la fausta ocasión presente, quisiera tener mil lenguas para consagrarlas todas á relatar sus beneficios. Puesto que esto no me es posible, pro-

curaré decirlos lo suficiente para que conozcáis cuanta confianza podemos poner en María, y cuanto merece ser saludada con el título de Nuestra Señora de la Esperanza: *A. M.*

Hay personas que para disminuir nuestra devoción á la magnánima Virgen de las gracias, procuran destruir los fundamentos de la santa confianza, que se despierta en los ánimos por la misericordia de que está lleno el corazón de esta tiernísima Madre, y mostrándose solícitas del honor de Dios, fundadas en la autoridad de Jeremías, que llamó maldito al hombre que confía en el hombre, dicen, que toda esperanza se ha de poner exclusivamente en Dios. Esta doctrina es errónea; pues la sagrada Escritura no reprueba la esperanza que se pone en los hombres, sino aquella esperanza, que, fiando en los hombres, ninguna cuenta tiene de Dios, y que se aleja tanto más del Criador cuanto más se acerca á las criaturas. ¿Cómo podría el profeta reprobar la esperanza que nos impulsa á dirigir ardientes oraciones al patrocinio de María, si María, más bien que alejarnos de Dios, nos liga con nuevos vínculos y nos acerca á Él con nuevos afectos? Verdad es, que nosotros tenemos puesta la esperanza en María; pero, la colocamos en Ella, precisamente, por habérsela dado Dios por Madre, por haberla constituido tesorera de sus gracias, declarado dispensadora de sus beneficios y hecha ministro de sus misericordias. Por consiguiente, cuanto más esperamos en la protección de María, tanto más nos acercamos á aquel Dios, que la quiso tan grande; en proporción que colocamos en Ella toda confianza, honramos más á aquel Dios, que nos la dió tan benéfica.

Es por este motivo que todos los católicos, con un sentimiento común, con una persuasión práctica, con un afecto constante, perpétuo y universal, sin menoscabo del honor de Dios, han amado, venerado é invocado á María como Madre de la Esperanza. En efecto, este título resulta del testimonio de todos los lugares, de todos los pueblos y de todos los tiempos. Los trastornos de los reinos, las vicisitudes de la fortuna, los cambios de las leyes, jamás han logrado desarraigar de los corazones de los hombres esta devoción. Hoy en día, los Griegos católicos conservan para con María los mismos sentimientos que alimentaron por Ella los santos Atanasio, Cirilo y Juan Crisóstomo; hoy los Latinos conservan las mismas ideas que por Ella manifestaron San Ambrosio, San Jerónimo y San Agustín. No existe ciudad, donde no se vea erigido algún templo magnífico en honor de María; no hay país, donde la gente no se postre en alguna capilla delante de alguna

imágen de María. María es venerada en las catedrales de Italia, de España y de Francia; se ruega á María en los santuarios de Alemania, de los Países Bajos, y de Irlanda; á María se recurre en los templos de Polonia, de Dinamarca y de Suecia. Hasta en las poblaciones más oscuras y en las aldeas más humildes, los niños, los jóvenes y los ancianos presentan súplicas á María, acuden á Ella en sus angustias, la invocan en los peligros, y esperan piadosamente que serán socorridos y asistidos en las horas de la adversidad. ¿Qué significa todo esto sinó la certidumbre universalmente arraigada en los ánimos, de poder confiar en toda ocasion en el maternal y poderosísimo patrocinio de María? Tan innata es esta idea en nosotros, que en los accidentes imprevistos, ajenos á toda reflexion, acudimos á María con un movimiento súbito é indeliberado, de la misma manera que los hijos recurren á su madre á las primeras señales de una calamidad cualquiera. En la hora del peligro, no hay alma cristiana que no se dirija á la Beatísima Virgen; y aún ántes de conocer toda la gravedad del caso, aún ántes de acogerse á cualesquiera otro auxilio que se le ofrece delante, de hacer algun voto, ó de pensar en algun refugio, el nombre que le acude en los lábios es el nombre de María; la imágen que buscan sus ojos es la imágen de María; y el patrocinio en que cree poder esperar es el patrocinio de María.

Si la devocion universal del pueblo cristiano reconoce en la Virgen á Nuestra Señora de la Esperanza, la misma Santísima Virgen, con las innumerables gracias concedidas y que ha derramado sobre sus devotos, muestra, claramente, cuanto sea de su agrado el ser honrada bajo esta advocacion. Y ahora, ¿por qué no puedo yo presentaros aquel innumerable ejército de pecadores que por Ella se salvaron, ó aquella innumerable multitud de infelices que fueron consolados por su bondad? ¡Ah! hablad vosotros, pobres moribundos, á quienes os libró Ella de una segura muerte; y vosotros, tristes navegantes, que visteis calmarse las impetuosas olas del mar por una oracion dirigida á esta propicia Estrella; y vosotros, afligidos labradores, cuyas mejillas convirtieron las lágrimas en suave sonrisa por las abundantes cosechas con que se cubrieron los campos merced á su patrocinio. Hablad vosotros, hijos pródigos, que gracias á sus maternales consejos volvisteis á la senda, por la cual os fué concedido abrazar á aquel buen Padre que habíais abandonado bajo el impetu de furiosas pasiones; y vosotras, perdidas Magdalenas, que por sus afectuosas solicitudes tuvisteis el saludable valor de romper las relaciones estrechadas ya con el vicio, y la santa fortaleza de entregaros, embe-

llecidas por el arrepentimiento y el perdon, á los tiernos abrazos de la virtud. Ciertamente, que si pudiesen comparecer aquí todas estas almas renacidas á la gracia, y todos estos infelices consolados en solemne testimonio de esta verdad, nos dirían, que por María vieron brillar la luz de nuevos días, cuando su corazón gemía en medio de las tinieblas de oscurísima noche; y que por Ella pudieron elevar los ojos al Cielo, cuando la opresora mano del infortunio les había arrojado al lodo de la tierra. Nos dirían, que por María fueron nuevamente iluminados por los resplandores de la religion, cuando la culpa había oscurecido toda la luz de su entendimiento; y que por Ella principiaron á sentirse inundados de un júbilo celestial, cuando el vicio había endurecido todas las fibras de sus corazones. Nos dirían, por fin, que desfallecidos y sin fuerzas, hallaron una Madre en María; y con la elocuencia de los hechos, que es la más enérgica, darían á conocer, aún á los más recalcitrantes, cuán poderosa sea esta nuestra magnánima Protectora, y que puede y debe llamarse naturalmente: Nuestra Señora de la Esperanza.

Si no me es posible invocar el testimonio de tantos pecadores, que por María rompieron las cadenas de sus antiguas cadenas, ni poner á vuestra vista la extraordinaria multitud de los desgraciados, cuyas oraciones fueron piadosamente oídas por María, os ofreceré, á lo ménos, algunas pruebas que os confirmarán indudablemente en la verdad, que para vuestro consuelo voy demostrando desde un principio.

Cuanto más perfectos son en la caridad los Santos del Cielo, son tanto más piadosos para interceder por aquellos que van peregrinando en la tierra; y tampoco cabe duda que la caridad de María es superior á la de todos los Ángeles y Santos del Cielo. Luego, Ella intercede por nosotros con mayor ardor de lo que intercederían todos los Ángeles y Santos si quisiesen interceder á Dios por nosotros. ¿Cuán sublime é inmensa es esta fuente de esperanza?

La Beatísima Virgen fué constituida tesorera y dispensadora de la sangre del Salvador. Ahora bien; si la sangre del Salvador es un mar abundantísimo de gracias, y si este mar es movido directamente por manos de María, para poder desconfiar, en algun modo, debemos decir, ó que la sangre de Jesús no es un mar de gracias, ó que la mano de María es avara para hacernos experimentar sus beneficios; y puesto que ninguna de ambas suposiciones puede ser verdadera, preciso es concluir, que en ningun otro patrocinio podríamos con más fundado motivo colocar nuestra esperanza que en el patrocinio de María.

Dios ha establecido, que nadie se salve sin el consentimiento, el auxilio y la direccion de la Santísima Virgen; por consiguiente, es de Ella que debemos aguardar el auxilio en las desgracias, el consuelo en las aflicciones, el socorro en los peligros, y aquellos saludables consejos que podrán guiarnos por entre las amarguras de la peregrinacion presente.

Y para que no se crean indignos de la misericordia de María los pecadores, que, prefiriendo los intereses temporales á los eternos, cometieron toda clase de iniquidades, digamos con San Anselmo, que los pecadores deben reconocer con mayor confianza en María á la Madre de la Esperanza, puesto que Ella fué hecha Madre de Dios más en provecho de los pecadores que de los justos. De ningun modo os parezca exagerada, hermanos míos, esta proposicion, puesto que si el Salvador dijo, que no necesitan de médico los que están sanos sino los enfermos, tenía razon el santo Doctor al decir, que para defender la causa de los pecadores nos fué concedida una abogada en María; que para sanar las llagas de los pecadores se nos ofreció el remedio en María; y que para librar de la muerte espiritual á los pecadores, nos fué concedida una madre en María, como dón preciosísimo de la misericordia divina.

Si por una parte merece María el título de Nuestra Señora de la Esperanza, por las gracias espirituales, que, continuamente, derrama en las almas con sus maternales beneficios, lo merece tambien por el patrocinio con que asiste, piadosamente, á sus devotos en medio de las miserias de la vida. ¿Y qué poder podría resistir al suyo? La tierra, á donde dirige sus miradas, florece y se cubre de verdor; el mar, sobre el cual se fija una de sus miradas, calma sus enojos. Se disipan á su vista las negras nubes, se rasgan á su presencia las más espesas nieblas, y se deshacen los granizos y los rayos, los torbellinos y las tempestades. Por Ella el acongojado navegante ve la estrella que le guía á puerto, el pobre labrador ve florecer los campos de abundante cosecha, y el desventurado enfermo recobra la ansiada salud.

¿A cuántos cuidados, á cuántos oficios, aunque bajos y serviles, no se ha humillado esta augusta emperatriz por sus devotos? Se hizo nodriza, ofreciendo sus pechos á Bernardo; se hizo maestra, enseñando los elementos á Herman; se hizo cirujana, y curó las llagas que molestaban á Catalina de los Uberti. Cuando la beata Coloma de Milán quedó huérfana de padres, María se hizo limosnera suministrándole el pan; se hizo pastora guardando los rebaños del beato

Gisleno, cuando le ordenó que fuese á visitar una iglesia consagrada á Ella misma. Y respondan en este lugar por mi cuenta aquellas almas escojidas, que la han visto, ora bajo un aspecto, ora bajo otro, siempre tierna y afectuosa, ocuparse de sus intereses, de suerte, que nada mejor hubieran podido esperar de un gran poder y de una diligente solicitud. Descendió á las cárceles para consolar á los presos; y éstos, libres de los peligros que les amenazaban, llegaron al término de su viaje. Fué guerrera con los guerreros; y cuando la muerte señoreaba por todas partes y caían abatidas las legiones bajo el impetu de las falanges enemigas, salvó á sus protegidos con piadoso patrocinio. Se hizo solitaria con los ermitaños; y cuando la serpiente infernal hallaba medios de asaltar á aquellos piadosos varones, aún en medio de las tinieblas de sus cuevas, acudió á socorrerles en la lucha y salvarles de las tentaciones.

La innegable prueba de los hechos es, por lo mismo, la que nos señala en María á la Madre de la Esperanza. Tal la reconocieron los enfermos, cuando invocado su nombre dulcísimo sintieron calmarse sus dolores y reanimarse sus fuerzas, y pudieron despues de los ayes y los gritos desgarradores del dolor y de las angustias elevar el cántico del reconocimiento. Tal la reconocieron los afligidos, cuando en medio de los dardos del infortunio hallaron en su patrocinio una inagotable fuente de inefables consuelos, y pudieron endulzar en aquel corazon que está lleno de inmensa compasion la amargura en que se anegaban sus corazones. En fin, tal la reconocieron los cristianos, cuando en las adversidades corporales y espirituales hallaron en Ella un socorro poderoso y universal, y pudieron, firmes en la fé y en la virtud, servir á Dios en la alegría del espíritu, y hacerse superiores á las seductoras asechanzas que les arrastraban á la perdicion.

¿Y cómo no llamar á María nuestra Esperanza, si la llamamos nuestra Madre? El ser Madre equivale á ser amante. La naturaleza no hace madre á mujer alguna sin suministrársele leche é infundirle amor, leche para que alimente á su prole, y amor para que la ame. Por consiguiente, si María es nuestra madre, es tambien nuestra amante; y amante con un amor tan vivo y ardiente, que sobrepuja á todo otro amor, del mismo modo que todo amor es sobrepujado por el amor de madre. Ahora bien; confesar que María es nuestra amante, y no confesar que es nuestra Esperanza, equivaldría á racionar contra todos los principios, y sacar una consecuencia directamente opuesta á las premisas. Esto podrán decirlo los impíos que viven léjos de la luz de la fé y de las reglas de la razon; pero las almas

cristianas dirán siempre, que si María es nuestra Madre, no puede ménos de ser nuestra amante; y que si María es amante nuestra, no puede ménos de ser nuestra Esperanza.

Y ahora permitid, hermanos míos, que al final de mi discurso, reflexionando acerca de todo lo expuesto, me consuele con la grata idea, de que mis palabras, tal vez, conseguirán enfervorizar más y más cada día vuestra devoción á María Santísima, de manera, que perseverando en ella no ceséis nunca de invocar y repetir su santísimo nombre, nombre de socorro, nombre de bendición y de salud. Hijos desventurados como somos por la culpa del primer padre, infelices desterrados en este valle de lágrimas y de miserias, afligidos navegantes por el Océano tan lleno de escollos y tan fecundo en naufragios, cobremos ánimo en la esperanza de la protección de María. ¡Ah! cuando se cree que Ella nos fué concedida por piadosa bienhechora, que por Ella los bienaventurados consiguieron su salvación, que aún hoy, por su intercesión, las almas justas y los corazones devotos ven producirse admirables prodigios, no puede hallarse más que una feliz dicha en invocarla. Invocando su patrocinio se tiene un sentimiento profundo de alegría y de consuelo, se obtiene una luz suave, que sirve de guía segura en medio de las sombras peligrosas de esta vida, se adquiere un firme valor para no dejarse abatir por más obstáculos que se interpongan para la conquista del Cielo.

¡Oh María! Tus manos benditas son los canales dichosos, por los cuales se difunden las gracias sobre toda la tierra, vivifican lo que es árido, y hacen florecer de nuevo el desierto cual otro nuevo Edén. A Ti, pues, queremos acudir en todas nuestras necesidades; en Ti, despues de Jesús, queremos colocar nuestra confianza; por Ti queremos esperar de Dios el perdón de nuestras innumerables culpas, el auxilio necesario para afirmar nuestra debilidad, y la perseverancia final; y queremos saludarte con la magnífica invocación con la cual te saludaron y te saludan los pueblos cristianos, ó sea con el título de Madre de la Esperanza.

NUESTRA SEÑORA DE LA EXPECTACION,

Ó DE LA O.

*Quod nascetur ex te Sanctum,
vocabitur filius Dei.*

El santo que de tí nacerá, será
llamado Hijo de Dios.

(Luc. I, 35)

¿Qué significar nos quiere, oyentes, nuestra madre la Iglesia, con la novedad de los cánticos, que en majestuoso y alborozante són hace resonar en nuestros oídos durante los presentes días? En sus alabanzas de anoche comenzára, y hasta en la de la vigilia de la noche feliz en que nos recuerda la Navidad de un Dios hombre, ella entona palabras de júbilo, ella se entusiasma con las más consoladoras invocaciones: su acento es de esperanza; sus súplicas son de salud y redención. Vén ¡oh Sabiduría, emanada de la boca del Altísimo, clama ella, vén á enseñarnos el camino de la prudencia! Vén ¡oh Adonai, á redimirnos con la fuerza de tu brazo misericordioso! ¡Oh raíz de Jesús! vén á libertarnos, no quieras tardar! ¡Llave de David, que abres y nadie cierra, que cierras y nadie abre; Oriente y Sol de justicia, Rey de las gentes, tan deseado por ellas, ¡vén, y saca de la tenebrosa cárcel á los que se hallan presos y maniatados; vén, é ilumina á los que sentados están en la oscuridad y en las sombras de la muerte; vén á salvar al hombre que formaste del polvo de la tierra! Vén ¡oh Emanuel, nuestro rey y legislador, expectación y salvador de las gentes! vén á salvarnos, Señor y Dios nuestro.

¿Qué significación tienen, repito, oyentes, esos fervorosos anhelos de la Iglesia? ¿Qué es lo que con ellos pretende indicarnos? ¿qué recuerdo hacernos presente? ¿A cuál y con qué consideración levantar nuestro espíritu é inflamar nuestro corazón? ¡Ah! esas ardientes ansias de la mística esposa del Cordero sin mancha, en la proximidad